

LIBROS

64

LETRAS LIBRES
JULIO 2016

Carlos Fuentes
• AQUILES O EL GUERRILLERO
Y EL ASESINO

Elizabeth Kolbert
• LA SEXTA EXTINCIÓN

Jorge Ramos
• SIN MIEDO

Elena Garro
• CUENTOS COMPLETOS

Guillermo Sheridan
• HABITACIÓN CON RETRATOS

Carlos Fraenkel
• ENSEÑAR PLATÓN
EN PALESTINA

NOVELA

Fuentes o la caricatura del guerrillero



Carlos Fuentes
AQUILES O EL
GUERRILLERO
Y EL ASESINO
Ciudad de México,
Alfaguara/FCE, 2016,
192 pp.

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

El señor Julio Ortega ha publicado su edición de la novela póstuma de Carlos Fuentes. A la novela le faltan episodios esenciales, está incompleto también el desarrollo psicológico de los personajes. Algunos capítulos anunciados por Fuentes en sus esquemas de trabajo, como el dedicado a la toma del Palacio de Justicia, simplemente desaparecieron. El manuscrito que Fuentes dejó (“sin revisar una última versión”) era un rompecabezas. Detalla Ortega: “un *puzzle* que carecía de una imagen matriz, cuyas partes se supone que arman una figura”.

Fuentes había prometido que no publicaría esta novela hasta que hubiera paz en Colombia. Como se sabe, las negociaciones entre guerrilla y gobierno van firmes en La Habana, pero no se ha firmado la paz, ¿por qué entonces la prisa de la editorial por publicar esta novela? Revela Ortega en el prólogo “el drama textual del manuscrito: sus varias etapas eran sustituidas unas por otras sin acabar de definir un diseño final”. Ortega le metió mano al original, incorporó “al cuerpo del relato algunas notas que dejó Fuentes”, reconstruyó como pudo el rompecabezas, con resultados muy dudosos y con toda razón, ya que, admite el crítico-editor, “Fuentes rehusó que sus capitulillos sumaran una pintura reconocible”.

El manuscrito de *Aquiles o el guerrillero y el asesino* merecía una suerte mejor, un editor sin tanta prisa comercial, una edición crítica que señalara los agregados y los parches, los esquemas y las notas. No ocurrió así. Ante este desorden editorial, Ortega confía en que no él sino el lector “sería el editor de esa interpolación [...] de secuencias”, que cada lector “armaría, postulando su propio documento, una figura refundadora propia”. No sé si debemos agradecerle al señor Ortega que delegue en el lector esa labor editorial.

La novela aborda la vida del guerrillero Carlos Pizarro, que depuso las armas y abrazó la ruta democrática, se convirtió en candidato a la presidencia de Colombia y fue asesinado durante su campaña. “Pocos libros –afirma Ortega en el prólogo– le costaron a Carlos Fuentes tantos años, borradores y recomienzos.” Según el editor, Fuentes no encontraba el lenguaje adecuado para narrar la historia de Pizarro, no encontraba Fuentes

el “registro del habla”. Fuentes, interpreta Ortega, “buscaba largamente a Pizarro en el lenguaje mismo”. Tal vez tenga razón, a mí no me lo parece. En *Aquiles* los personajes de Fuentes hablan igual que todos los personajes de sus novelas. Verbo torrencial, parrafadas retóricas. Cualquiera podría adivinar quién escribió un párrafo como el siguiente: “Debes seguir, quienquiera que seas, como sea que te llames, no te detengas, no me preguntes por qué, pero yo sé que te necesitamos. Todos te necesitamos. No te detengas. Sigue.” Este tipo de letanías aparecen en las novelas y cuentos de Fuentes desde *La región más transparente*. No fue la búsqueda del lenguaje lo que atoró a Fuentes tantos años.

Fuentes fue toda su vida un fervoroso admirador de la revolución. Esa pasión aparece muy bien reflejada en su novela. Lo que Fuentes no pudo narrar fue el proceso mediante el cual Pizarro se convirtió en demócrata. Esa es la parte que no aparece en su novela. A Fuentes le interesaban Villa y Zapata, no Madero. Las ilusiones de las revoluciones, no las razones de la democracia. No pudo narrar el tránsito virtuoso de Pizarro. Fuentes requería un héroe para su novela (*Aquiles* es un “guerrero hermoso”, noble y honesto), no un tedioso político en funciones.

La novela expone un orden maniqueo. De un lado la guerrilla refulgente, del otro la oligarquía mendaz. La vida no es así. Pero esto no es la vida, es una ficción que el novelista inventa para dar orden y sentido a la realidad. Hay detalles incómodos que no tienen cabida en una ficción maniquea. Un ejemplo: el padre de Carlos Pizarro era militar y conservador. Asistió a cursos de entrenamiento en Estados

Unidos de lucha antiguerrillera en la infausta Escuela de las Américas. Ese pasado represivo del padre le estorbaba a Fuentes. Encontró según él la solución. El padre militar fue a Washington, sí, “pero se negó a recibir viáticos del gobierno”; aprendió a torturar “pero no aceptó las razones anticomunistas”. Al fin y al cabo, para Fuentes su novela “lo sería menos por la veracidad biográfica que por la emoción de los hechos narrados”. No la verosimilitud, la emoción. La emoción revolucionaria. El guerrillero, bajo esta óptica, es un ser superior que rechaza las condiciones de la moral burguesa. Un guerrillero, señala Fuentes, está a medio camino entre el artista y el político. Un “guerrero mortal”, propone el novelista, es un ser hermoso, aunque asalte, secuestre y asesine. Sus razones justicieras lo justifican todo. Para Fuentes la revolución era una fiesta, una pachanga universal que nos regresaría al paraíso en la tierra, sin importar los muertos que costara esa empresa idealista.

Diez años antes de que Fuentes comenzara con la redacción de *Aquiles*, Mario Vargas Llosa escribió la gran novela de la guerrilla latinoamericana: *Historia de Mayta* (1984). En ella indagó a fondo las razones sociales, psicológicas, políticas de un revolucionario peruano. El guerrillero de Fuentes no pasa de ser una caricatura: el guerrillero guapo que seduce a todas las muchachas, lector de Borges y Cortázar, el rebelde noble que sacrifica la vida por sus ideales. Hijo de un militar conservador de alto rango, Pizarro reproduce el patrón de los revolucionarios de su tiempo: hijo de la alta burguesía, universitario con formación jesuita. Hijo renegado de la élite que lucha contra los miembros establecidos

de su clase. Una lucha en la cumbre por el poder en la que el pueblo lleva la peor parte. Los revolucionarios ponen las ideas, los revolucionarios los muertos. Esa historia no nos la contó Fuentes. También nos quedó a deber, como apunté antes, la historia de la conversión democrática de Pizarro.

No alcanzó Carlos Fuentes a ver en vida que la lucha militar del socialismo viene a ser, en los hechos, la transformación del ideario socialista en una práctica fascista. No alcanzó a verlo, y su novela lo resiente. —

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ (Durango, 1963) es crítico literario y consejero editorial de *Letras Libres*. Mantiene una columna en *El Financiero*.



ENSAYO

El fin de las especies



Elizabeth Kolbert
LA SEXTA EXTINCIÓN.
UNA HISTORIA NADA
NATURAL
Traducción de Joan
Lluís Riera
Ciudad de México,
Crítica, 2016, 334 pp.

MAIA F. MIRET

Sabemos con certeza que la Tierra ha visto cinco extinciones masivas y muchas de pequeña escala. Hace doscientos cincuenta millones de años, por ejemplo, el 96% de los seres vivos que habitaban los mares y un porcentaje similar de las especies terrestres desaparecieron del planeta, por causas que no tenemos claras, en lo que se conoce como la Gran Mortandad o la extinción del Pérmico-Triásico. Seguramente debieron de converger varios fenómenos catastróficos, amalgamados por una asombrosa mala suerte,

para que en un breve lapso (geológico) casi se esfumara una historia evolutiva de 3,700 millones de años. Hace 66 millones de años ocurrió otra de esas catástrofes, pero esta vez cayó del cielo, en una sola entrega, en forma del meteorito que formó el cráter de Chicxulub en Yucatán y que acabó con todos los seres terrestres que pesaban más de veinticinco kilos y con tres cuartas partes de los demás. El *evento*—palabra que sugiere velocidad, en contraste con *fenómeno* o *proceso*— del Cretácico-Terciario fue de una violencia inusitada, difícil de creer incluso para geólogos, paleontólogos, oceanógrafos y otros científicos que debieron aceptar a regañadientes las evidencias, bastante recientes, que niegan esas escalas temporales de millones de años con las que se encariñan durante su formación profesional y que echaron por la borda una tradición gradualista que suponía que las especies surgían y desaparecían muy lentamente y no de sopetón.

Hace 54 años, y dentro de una escala de tiempo con la que estamos encariñados casi todos, una bióloga llamada Rachel Carson publicó un libro llamado *Primavera silenciosa*. Sus trescientas páginas de amable escritura produjeron un cambio igualmente tectónico—tal vez habría que decir meteórico— en el ánimo popular: revelaron el efecto devastador de los pesticidas sintéticos sobre los seres vivos, en particular en las aves, apadrinaron *de facto* el nacimiento del ambientalismo en el periodo de posguerra e hicieron pesar sobre dicho ánimo una idea que seguimos metabolizando penosamente el día de hoy, a pesar de que contamos con pruebas fehacientes y personalísimas de su existencia: los humanos somos capaces de

emular, mediante la adición de una infinidad de efectos diminutos, las fuerzas más devastadoras de la naturaleza. Esta capacidad, afirma Elizabeth Kolbert en *La sexta extinción*, “precede a la modernidad, aunque, por supuesto, es la modernidad en su más plena expresión”. Solo llevamos un par de siglos siendo buenos para esto y ya estamos “decidiendo qué vías evolutivas permanecerán abiertas y cuáles se cerrarán para siempre”.

Las reseñas de *La sexta extinción*, que ganó en 2015 el premio Pulitzer en la categoría de no ficción, lo equiparan sistemáticamente con *Primavera silenciosa*, pero se trata de una comparación injustificada, no solo por sus alcances sino también por sus propósitos. Allí donde Carson se propuso publicar un *exposé* documentado y rotundo, incómodo para la industria (desató batallas que recuerdan a la de las tabacaleras en su momento y a la de los productores de refrescos en la actualidad) y con efectos inmediatos en el público, que podía leerlo con la misma facilidad que los libros de a dólar, Kolbert reporta, en un conjunto de textos escritos y publicados a lo largo de muchos años, un hecho que tiene muy pocos escépticos: las especies se extinguen.

Así, *La sexta extinción* no nació a tambor batiente; pertenece, más bien, a ese género apacible y fluido que es el periodismo de ciencia anglosajón y que tiene sus raíces en las crónicas de viaje de los científicos europeos. De hecho es en buena medida una crónica, de casi una decena de viajes a igual número de países, cada uno siguiendo a una especie extinta o por estarlo—no el dodo, el tilacino ni la paloma migratoria, cosa que es de agradecer—, que la autora aprovecha para plantear una y otra vez una idea

que lleva tiempo gestándose en el ámbito científico: estamos viendo el inicio de la sexta extinción masiva. Pero no basta con decirlo; hay que mostrarlo (Darwin sabía lo importante que es esto). Para ello presenciamos, literalmente ante nuestros ojos, la desaparición de las ranas doradas en Panamá como una introducción a la extinción en general y a la de los anfibios en particular. Georges Cuvier y el catastrofismo prologan el inicio de los estudios sobre extinción. La desaparición de los amonites es una buena oportunidad para hablar sobre la violencia de las grandes extinciones. Un laboratorio forestal en Cuzco cartografía las redes de seres enormemente especializados y adaptados a entornos limitados. Las hormigas guerreras revelan nuestra ceguera o al menos daltonismo ante las especies pequeñas y menos carismáticas. Los murciélagos son mensajeros de las extinciones que ocurren a la vuelta de casa (¿hace cuánto no ve un renacuajo o una catarina en México, uno de los países megadiversos del mundo?). Los rinocerontes de Sumatra atestiguan nuestro talento especial para diezmar la megafauna y no tan especial para conservarla mediante intentos desesperados que incluyen el estudio de las preferencias sexuales de los cuervos hawaianos. Los célebres esfuerzos de Svante Pääbo por decodificar el ADN de los neandertales ilustran que pudimos diezmarlos también a ellos y de paso talar la rama del árbol que nos sostiene.

Mucho de lo que explora Kolbert son historias ya contadas y no particularmente dramáticas o conmovedoras (aunque sí muy bien documentadas). De haber querido podría haber escrito un libro sobre el cambio climático o un llamado

urgente a la acción con una línea política emparentada con los grupos conservacionistas. En cambio, aunque a primera vista no parezca más que un turismo un poco melodramático, su contribución más interesante es cosechar las conclusiones pesimistas de quienes presencian, miden, experimentan y anticipan de primera mano la desaparición de seres vivos. Cientos de miles de ranas, hormigas, corales, árboles, insectos —y millones de especies que tal vez se extinguirán antes de que las conozcamos— son víctimas de la acción humana: la contaminación, la fragmentación de hábitats, la introducción de especies invasoras, la sobreexplotación y muchos otros males de la modernidad les han cortado la retirada, en el tiempo y espacio, a los seres amenazados por el cambio climático y su caja de Pandora de acidificación de los océanos, pérdida de hábitats, aumento del nivel del mar, cambios de temperatura y de humedad y muchas otras que apenas comenzamos a entender. Todos sabemos que las especies desaparecen; lo que no teníamos claro es que la tasa de extinción actual es análoga a la de las cinco grandes extinciones y esto se repite donde sea que busquemos: lo que observamos en el mundo parece constatar que “quienes vivimos hoy no solo estamos presenciando uno de los eventos más raros de la historia de la vida, sino que lo estamos causando”.

La buena divulgación de la ciencia es como Rachel Carson: alguien amable que siembra ideas provocadoras y transformadoras. *La sexta extinción* lo hará con la certeza de lo profunda, irrevocable y ubicua que es la extinción en nuestro planeta. Los datos están ahí, pero el llamado a la acción es cosa de cada

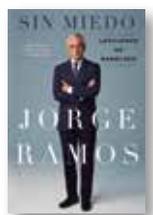
quien. Como bien dice Kolbert, tan peligroso es un hombre con un hacha en el bosque como uno que sostiene un libro entre las manos. —

MAIA F. MIRET es diseñadora industrial por formación y divulgadora de la ciencia por vocación. Edita, traduce, escribe y da talleres sobre temas de ciencia y divulgación.



PERIODISMO

El precio de tomar partido



Jorge Ramos
SIN MIEDO. LECCIONES DE REBELDES Y PODEROSOS
 Ciudad de México, Grijalbo, 2016, 320 pp.

VERÓNICA CALDERÓN

En su reciente libro, *Sin miedo*, hay una palabra que el periodista Jorge Ramos, presentador estelar del Noticiero Univisión, repite una y otra vez: “nosotros”. En esta recopilación que condensa más de veinticinco años de entrevistas, la primera persona en plural le sirve a Ramos para decir “aprendimos”, “debemos”, “dijimos”, “no hay que dejarnos”.

Nosotros. Ramos (Ciudad de México, 1958) nunca ha dudado en decirlo con todas sus letras. Después de una rápida búsqueda en Google (una vez que se sorteó la enorme cantidad de artículos que vinculan su nombre al de Trump, como si la carrera de Ramos hubiera iniciado con aquel incidente en la rueda de prensa), usted encontrará que el periodista lleva años repitiendo que sí, que él toma partido. En *Sin miedo* elige una cita de Elie Wiesel para ilustrarlo (“Debemos

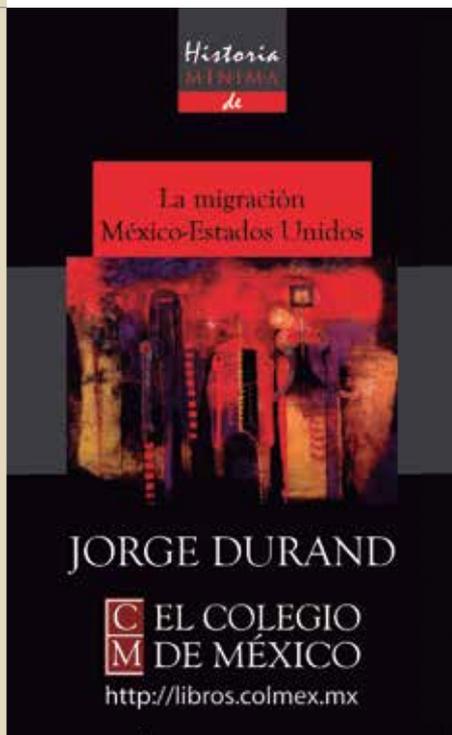
tomar partido: la neutralidad ayuda al opresor”), pero también puede venir a cuento un aforismo que el profesor de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano Miguel Ángel Bastenier repite en todas sus clases: “El periodista no está ni cerca ni lejos de ser objetivo, porque su trabajo es subjetivo. Pero puede ser honrado.”

En esa honradez se sostiene la parte más importante del libro. A Barack Obama le recuerda la promesa que en 2008 le hizo ganar millones de votos latinos: la reforma migratoria. Durante su conversación le dice que siendo senador no había visitado nunca México, ni país alguno de América Latina: “¿Va a cumplir su promesa a pesar de los difíciles momentos económicos que estamos viviendo ahora?”, dice Ramos. “Absolutamente”, fue la respuesta. Obama nunca la cumplió. “¿De qué murió su esposa?”, le pregunta a su vez al presidente Enrique Peña Nieto. El mandatario, en una escena muy incómoda, no consigue recordarlo. El video en YouTube de esta conversación ha sido reproducido seis millones de veces.

La premisa que mueve a estas entrevistas parece simple. A veces da la impresión de que Ramos invita al lector a conjeturar: ¿qué le preguntaría a Fidel Castro si lo tuviera enfrente? El periodista lo confrontó en 1991: “Muchos creen que este es el momento para que usted pida un plebiscito.” “Respeto la opinión de esos señores, pero realmente no tienen ningún derecho a reclamarle ningún plebiscito a Cuba”, respondió el líder revolucionario cubano.

En otros casos, las entrevistas adquieren, con los años, un nuevo matiz: así sucede, por ejemplo, con el encuentro con Hugo Chávez,

que recorre su trayectoria, primero como presidente recién electo de Venezuela y después como responsable de un régimen que había ya sellado el destino de un país. “Hugo Chávez era un mentiroso –asegura Ramos–. Pero al menos era uno de esos mentirosos que se creían sus propias mentiras.” En 1998, Ramos le preguntó al comandante: “¿Usted está dispuesto a entregar el poder en cinco años?” “Claro que estoy dispuesto a entregarlo [...] Si, por ejemplo, a los dos años resulta que soy un fiasco, yo estaría dispuesto a hacerlo.” El entonces presidente venezolano también le aseguró a Ramos que no pensaba nacionalizar ninguna empresa privada. “Absolutamente nada”, dijo. “¿Nacionalizaría algún medio de comunicación, algún medio privado?” “No. Basta con el medio del Estado”, afirmaba aquel Chávez de finales del siglo xx. Mentiras, mentiras y más mentiras.



Además de líderes políticos, *Sin miedo* ofrece retratos no menos complejos de disidentes –como Yoani Sánchez, el subcomandante Marcos y los opositores venezolanos– y de empresarios, como Richard Branson o Bill Gates. Los esbozos de la complicada política colombiana aparecen de la mano de Ingrid Betancourt y Álvaro Uribe, e incluso es posible encontrar algunos “consejos de cocinero” en los diálogos con Barbara Walters, Elena Poniatowska y Oriana Fallaci, tres hábiles entrevistadoras cuyas apreciaciones son obligatorias para cualquier estudiante de periodismo.

Sin miedo demuestra que las entrevistas, en realidad, son duelos, no charlas de café ni cenas organizadas en barrios de lujo en las que las preguntas ensayadas llevan a respuestas sin sentido. Y deja claro que las conversaciones también son enseñanza y aprendizaje. Que en ellas se puede hallar lo mismo el mantra de Desmond Tutu –“Una lección muy importante es saber que vas a ganar”– que ejemplos conmovedores como el de los *dreamers*, las cuatro estudiantes indocumentadas protagonistas del capítulo “El primer paso es perder el miedo”.

A los dictadores les llama dictadores. A los asesinos, asesinos. A los que hacen promesas y no las cumplen, mentirosos. A los luchadores, luchadores. Y a los rebeldes, rebeldes.

Jorge Ramos no es un reportero al que le preocupe quedar bien con todo el mundo. Está consciente de que tomar partido lleva consigo insultos y amenazas: que le retiren el carné de periodista (sea quien sea el dios periodístico que los reparta), que le ordenen quedarse sentado en una rueda de prensa (y que, aun así, decida no hacerlo), y que entonces sean los guardaespaldas de Donald

Trump los que lo saquen de la sala. Finalmente, que, tras el incidente, lo acusen de protagonismo, de apasionado o de “tomárselo demasiado personal”.

Sin miedo deja al lector convencido de que hay una cualidad que no se le puede negar a Ramos: cuenta lo que vio, lo que escuchó y lo que sintió. Ha sido honrado. –

VERÓNICA CALDERÓN (Ciudad de México, 1979) es periodista de *The New York Times en Español*. Forma parte de los libros colectivos *Nuestra aparente rendición* (Grijalbo, 2011) y *72 migrantes* (Almadía, 2011).



CUENTO

La memoria de los vencidos



Elena Garro
CUENTOS COMPLETOS
Ciudad de México,
Alfaguara, 2016,
544 pp.

LILIANA PEDROZA

Durante las últimas décadas, Elena Garro ha sido más leída y estudiada en el extranjero que en México, eso ha extendido la impresión de que, de algún modo, sigue en el destierro. *Los recuerdos del porvenir* fue publicado por Siruela en 1994 y por 451 Editores en 2011, *Reencuentro de personajes* volverá a salir con el sello de Drácena; ha sido traducida al inglés, francés, alemán, italiano, polaco y árabe. *Memorias de España 1937* es uno de sus libros más buscados fuera de México.

La aparición de *Cuentos completos* no solo se une este año a las celebraciones del centenario del nacimiento de Elena Garro, sino que salda una

cuenta pendiente con sus libros olvidados en su propio país. No es la primera iniciativa de este tipo: en 2006 el Fondo de Cultura Económica reunió dos de sus libros de cuentos junto con un atinado estudio preliminar de Lucía Melgar y un cuento inédito en español puesto como un caramelo para los devotos lectores. Sin embargo, por el tamaño y el peso, más bien se trató de una edición de lujo hecha para ser colocada en la mesa de té al lado de las visitas.

Cuentos completos apela a muchas otras cosas: a la recuperación de un material editado mucho tiempo atrás —alguno de escasa circulación—, a su asequibilidad para cualquier lector y a la compilación de un proyecto narrativo pensado desde la brevedad.

La presente edición reúne cuatro libros: *La semana de colores*, *Andamos buyendo Lola*, *El accidente y otros cuentos inéditos* y *La vida empieza a las tres*, así como un par de relatos hasta ahora desconocidos. Aunque considero que los relatos de *La vida empieza a las tres* tienen un aliento narrativo más cercano a la *nouvelle*, la edición de Alfaguara logra otra mirada, la de conjunto, en donde el lector puede trazar su propia ruta de navegación sin importar los años en que se escribieron o publicaron.

Cuando Elena Garro dio a la imprenta su primer libro de cuentos, *La semana de colores*, en 1964, ya había fundado una poética propia. Desde *Los recuerdos del porvenir* y sus piezas de teatro como *Un hogar sólido* se anunciaban los elementos rectores de su obra: el tiempo y la memoria. La originalidad y la imaginación de sus obsesiones literarias estuvieron enraizadas en su conocimiento de las culturas prehispánicas y en su capacidad para hacerlas dialogar desde su época en un entramado fino, sutil y renovador.

Atraída por la visión del tiempo sagrado de los aztecas, los personajes de Garro se mueven a través de un tiempo que no es lineal sino circular, es decir, uno basado en la repetición de los acontecimientos igual que los ciclos de la naturaleza. El nacimiento y la destrucción acontecen periódicamente, es por ello que, como es notable en varios de sus libros, los hechos pueden ser recordados antes de que sucedan, porque en realidad ya sucedieron.

El cuento que da nombre a *La semana de colores* abre una compuerta a lo que le interesa narrar: el sincretismo del mundo cristiano y el mundo indígena. En este caso, basado en la fusión de visiones sobre cómo transcurre el tiempo en cada uno de ellos. Las niñas protagonistas, Eva y Leli, son el mixturado entre lo español (la carga de la religión cristiana), representado en el padre y el tío, y lo indígena (la visión prehispánica), que representan las criadas que no solo sirven en la casa sino que intervienen en la formación de las pequeñas a través de la narración de leyendas. Eva y Leli visitan la casa de don Flor, quien dice ser el dueño de los días. La casa es una representación del calendario azteca y en el encuentro entre las niñas y don Flor surge una revelación, es por ello que cuando las pequeñas protagonistas se acercan al calendario gregoriano pueden saltar indistintamente de la semana santa a la semana de colores. Con esta y otras historias, Garro nos muestra la búsqueda de la identidad mexicana que tanto apasionó a los intelectuales a inicios del siglo xx. La del mexicano como la mezcla de ambos mundos, un origen que abrevia de dos culturas.

La interpretación del tiempo mesoamericano en Elena Garro no se limita a las historias que se cuentan. El proyecto de la autora fue más ambicioso. *La semana de colores* consta

de dos ediciones, la primera de 1964 con once cuentos, y la segunda y definitiva de 1987 a la que Garro añadió dos cuentos, sumando trece. ¿Por qué este añadido? El Tonalpohualli, calendario profético de los aztecas de doscientos sesenta días, está dividido en veinte semanas de trece días llamadas trecenas. En el caso de *La semana de colores*, cada cuento equivale a un día de esta trecena, en donde cada historia con sus variadas formas de habitar el tiempo se relaciona con uno de los veinte dioses o elementos que completan el destino de cada día. Vistos de esta manera —Garro que siempre sucumbió a los métodos adivinatorios—, los cuentos reunidos en *La semana de colores* son la representación de una semana del Tonalpohualli, conocido también como la cuenta de los días y de los destinos.

Los cuentos de *Andamos buyendo Lola* y el resto de su obra publicada a partir de 1980 pertenecen a un periodo asociado a dos sucesos sociales: la defensa por la recuperación de la tierra de los campesinos de Morelos a finales de los años cincuenta y la masacre de estudiantes en 1968. Su participación directa o indirecta en ambos acontecimientos provocó primero sus mudanzas clandestinas dentro del país y, finalmente, su exilio en 1972, marcando una nueva temática en su obra. Personajes expatriados, perseguidos, que viven en la precariedad económica, pueblan sus nuevas historias. Su escritura tiene un pulso distinto, uno nervioso, apresurado, con una fuerte carga emocional. Elena tiene prisa por narrar el mundo que padece, el de los marginados. Pese a las dificultades del exilio, Elena no deja de escribir, escribe obras de teatro, cuentos, novelas, pero también cartas y diarios porque ella estaba convencida

de que “la memoria de los vencidos es peligrosa para los vencedores”.

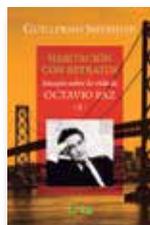
Geney Beltrán Félix dice en el pertinente prólogo que acompaña a la edición de *Cuentos completos* que las generaciones recientes ya leen la obra de Elena Garro separada de su polémica vida, aunque quizá —pienso— sea también necesario estudiarla unida a ella para entender su narrativa en el marco de su época. También será necesario acercarnos no solo a las versiones testimoniales de aquellos años, sino a los documentos que aporten claridad y consistencia a los hechos históricos en los que fue partícipe. Lo que tendrá que suceder —ya comienza— es leerla más allá de los rencores añejos heredados o del encantamiento que produjo en quienes la conocieron. El tiempo nos rebasará a todos y solo quedará de ella lo que realmente importa. —

LILIANA PEDROZA es escritora sin domicilio fijo. Ha publicado, entre otros libros, *Andamos huyendo*, *Elena* (Tierra Adentro, 2007) y *Vida en otra parte* (Ficticia, 2009).



ENSAYO

Paz: fragmento a su imán



Guillermo Sheridan
**HABITACIÓN CON
RETRATOS. ENSAYOS
SOBRE LA VIDA DE
OCTAVIO PAZ**
Ciudad de México, Era,
2015, 304 pp.

JUAN MALPARTIDA

Aunque la biografía de un poeta está en sus poemas, como afirmó con algún extremo Octavio Paz en la década de los sesenta, lo cierto es que para comprender a la persona, y no al sujeto surgido de la poesía, es

necesario examinar e interpretar su desenvolvimiento vital, social y cultural. Eso fue lo que hizo el propio Paz con sor Juana Inés de la Cruz, y es lo que lleva años haciendo con Paz uno de nuestros mejores críticos, Guillermo Sheridan, quien publicó en 2004 *Poeta con paisaje*, el primer volumen de los tres que tendrá su biografía, bajo el título genérico de *Ensayos sobre la vida de Octavio Paz*, y que ahora nos da en *Habitación con retratos* una suerte de mosaico antes de lo que sin duda será en pocos meses un cierre notable con el tercer volumen. Recientemente se ha publicado una amplia biografía de Paz, llevada a cabo por Christopher Domínguez Michael, *Octavio Paz en su siglo*, una obra importante pero desigual cuya primera parte debe mucho a Sheridan. También es aconsejable, a pesar de algunos errores puntuales, el hermoso ensayo biográfico de Jacques Lafaye, *Octavio Paz en la deriva de la modernidad*.

El libro de Sheridan toma la vida de Paz para comprender su obra, y la obra para dilucidar su vida, pero el eje sobre el que gravita es la biografía. En este sentido es un buen seguidor de Sainte-Beuve, sin ignorar que la última palabra de un poema está en el poema mismo. Dos cosas quiero destacar de este inteligente y culto libro: la buena prosa de Sheridan (un verdadero escritor) y el equilibrio entre lo académico y lo ensayístico. Dividido en cuatro partes, nuestro autor analiza en la primera con una sensibilidad lúcida aspectos de la pasión (ira, búsqueda y melancolía) en el joven Paz, unida a la sexualidad (erotismo), la risa y la función de la poesía y lo mítico en todo ello. La segunda se adentra en algunas de las correspondencias mantenidas por Paz, que le permiten analizar al joven poeta en sus años en Estados Unidos (en la primera

época) antes de establecerse en París como diplomático en 1945. Pero sobre todo las cartas con el novelista y crítico argentino José Bianco y con el gran poeta inglés Charles Tomlinson, fallecido en agosto de 2015. Ambas correspondencias aún no se han publicado, aunque las cartas a Tomlinson (desde 1966 a 1989) saldrán en breve, y, como señala Sheridan, es una de las más notables y singulares, por su humor, sin duda alimentado por la ligereza profunda del poeta inglés, y porque dialogaron, sobre todo en la mitad de los sesenta y comienzo de los setenta, sobre aspectos de la poesía que hicieron que Paz pudiera escribir poemas como *Pasado en claro*. La presencia de Tomlinson, que aligera el peso grave y algo pretencioso del romanticismo alemán, tan presente en Paz, coincide con la conquista del equilibrio afectivo encontrado en su esposa Marie-José, a quien conoce en India. Sheridan piensa que estas cartas y las que dirigió a Bianco son las más personales, si excluimos, claro, la correspondencia con Elena Garro y con Bona Tibertelli de Pisis (inéditas, y la segunda inaccesible). Creo que hay que añadir la notable correspondencia con Pere Gimferrer, y la desigual pero insoslayable con Tomás Segovia, donde encontramos varios momentos de espontaneidad intelectual y confesiones de un gran valor para conocer algunas de las actitudes intelectuales y sensibles de Paz. La tercera parte nos sitúa a un Paz en familia: su padre, abogado zapatista, alcohólico, que falleció arrollado por un tren cuando Paz tenía veintiún años; su madre, hija y nieta de andaluces, Elena Garro y la hija que tuvieron, Helena Paz: una historia llena de pasión, enfermedad, locura y algo de comedia, que termina en la destrucción. Esto

es algo que ha tenido muy poco en cuenta Christopher Domínguez Michael y muchos otros biógrafos: la importancia del lado español en la formación de la sensibilidad de Paz, y diría, de sus fantasmas relativos a la identidad. No se puede olvidar que toda la ascendencia materna es española, y a este respecto también es útil la correspondencia con Segovia, al ser este un español-mexicano, herido por la anagnórisis. Bien, Sheridan sí señala este aspecto y así contribuye a un conocimiento más completo de la compleja figura de Paz. El último apartado tienes varios retratos: el fundador de revistas, desde *Barandal* en 1931 a *Vuelta*, Paz con algunos amigos en la juventud, la relación del poeta con el toreo y con las drogas, y dos lugares: Afganistán, país que visitó muchas veces como diplomático, atraído en lo personal por el nomadismo, y la llamada Casa de Alvarado (Coyoacán), donde falleció y de la que Guillermo Sheridan nos da una visión luctuosa y espléndida. Pero estas líneas solo señalan un libro lleno de matices y aportaciones variadas, tanto al mundo biográfico de Octavio Paz como a su obra, como las reflexiones e indagaciones sobre lo esencial de su búsqueda poética, incardinada en un romanticismo crítico, y luego en lo más granado del surrealismo, siempre procurando responder a la ausencia de un verdadero mito para nuestra época, que sin duda él cifraba en los dones de la analogía poética y su capacidad para darnos un sentido del tiempo que no fuera la ruina de la Historia. Sheridan nos recuerda el en su día muy leído libro del sociólogo Jules Monnerot, *La poésie moderne et le sacré* (1945), donde, atendiendo al significado del surrealismo, habla “de la creencia nocturna en la eficacia del deseo”, y de un

“estado tercero”, del que Paz hace eco en *Pasado en claro*. Paz no siempre menciona sus diálogos más intensos, como también ha señalado Lafaye, por olvido o por excesiva cercanía, y Sheridan, con una paciencia acicateada por la verdadera pasión intelectual, que está asistida por la pasión y por la fidelidad a su objeto, nos da, en este irreductible libro, un ejemplo de lectura. —

JUAN MALPARTIDA (Marbella, 1956) es escritor y director de *Cuadernos Hispanoamericanos*. Su libro más reciente es la novela *Camino de casa* (Pre-Textos, 2015).



FILOSOFÍA

Experimentos filosóficos



Carlos Fraenkel
ENSEÑAR PLATÓN
EN PALESTINA.
FILOSOFÍA EN UN
MUNDO DIVIDIDO
Traducción de Ana
Herrera
Barcelona, Ariel, 2016,
242 pp.

MARCELA GARCÍA

Debatir es necesario en un mundo dividido, y eso puede aprenderse leyendo a Platón. No para acumular conocimientos filosóficos, sino para convivir inteligentemente.

Carlos Fraenkel, profesor de filosofía de la Universidad McGill en Montreal, invita al lector a ser testigo de cinco experimentos que llevó a cabo en zonas de conflicto intercultural. Entre 2006 y 2011, organizó talleres filosóficos con no filósofos para ayudar a articular más claramente las posturas de cada uno y confrontarlas con argumentos críticos. Los escenarios que eligió están relacionados con su propia biografía y su especialidad en filosofía judía.

En el capítulo que da título al libro, Fraenkel relata sus discusiones con estudiantes de la universidad palestina Al-Quds en Jerusalén Este. Leen a Platón y a sus intérpretes medievales judíos y musulmanes. Las discusiones se centran sobre todo en la relación entre fe y razón. ¿Es necesario evaluar las creencias religiosas desde un estándar racional? ¿Es posible? El autor no oculta sus propias convicciones seculares y liberales. Sin embargo, sus alumnos musulmanes le hacen ver que él también puede estar conformado a la cultura en la que creció, sin cuestionarla. ¿Cómo puede un ciudadano secular de una democracia liberal occidental llevar una vida de examen socrático, si nunca se ve en la necesidad de justificar su modo de vida?

Podría pensarse, en contra de los esfuerzos del autor, que las religiones no aceptarían someterse a una valoración desde criterios externos a ellas. Sin embargo, Fraenkel muestra que, históricamente, las religiones no han sido impermeables a una cultura de debate filosófico, en parte porque dentro de cada tradición religiosa se ha debatido siempre sobre la interpretación correcta.

En un segundo capítulo sobre “Maimónides en Macasar”, el autor dialoga con alumnos musulmanes en una universidad de Indonesia con la que McGill tiene un programa de cooperación. Indonesia es interesante para Fraenkel por ser el país musulmán más grande del mundo, donde esta religión se compagina con la democracia, el pluralismo religioso y la modernización. De hecho, la interpretación indonesia del islam, influida por la escuela mutazilita, permite reconocer otras tradiciones religiosas más allá de las abrahámicas, aunque el

resultado sea una versión de pluralismo religioso distinta a la versión occidental.

Otro aspecto problemático del intento de Fraenkel de someter las convicciones a examen racional es que “lo racional” está lejos de tener una única definición. Este problema sale a la luz en el tercer relato, “Spinoza en Shtreimels”. Con un toque de humor, Fraenkel cuenta los encuentros con judíos hasídicos en Nueva York, que deben ser escondidas para esquivar la desaprobación de sus rabinos. Leer libros prohibidos se considera peor que el adulterio y la prostitución, porque aquí no es solo la carne, “son nuestras almas las que están en juego”. Los participantes ya no creen en una interpretación estricta de su religión, pero siguen viviendo como si creyeran, con tal de no perder la vida en comunidad. En este caso, la idea de una religiosidad filosófica que les plantea Fraenkel les sorprende, porque ven un enfrentamiento radical entre razón y religión, y se inclinan hacia la razón, aunque no se atreven a decirlo en público.

Finalmente, Fraenkel discute sobre identidad, gobierno y autodefinición con representantes de una comunidad *mobavk* en la frontera entre Quebec y Nueva York. La comunidad está negociando un acuerdo de autogobierno con Canadá, y hay muchos aspectos que están por definir: la pertenencia a la comunidad, las formas de gobierno y de propiedad, cómo reconciliar modernidad y tradición, relaciones con los antiguos poderes coloniales. En este capítulo, el autor deja ver con más detalle cómo avanza el debate a partir de desacuerdos básicos y la manera en que se pueden plantear estos desacuerdos como preguntas filosóficas fundamentales:

por ejemplo, si las tradiciones son buenas únicamente porque vienen de los antepasados, o si el concepto de justicia iroqués es universal o solo vale para los iroqueses.

A raíz de los experimentos, Fraenkel esboza una propuesta simple, aunque no fácil. Sugiere aprovechar el bachillerato para transmitir a todos los ciudadanos, además de “técnicas de debate” que permitan aclarar puntos de vista y elaborar argumentos, “virtudes de debate”: valorar la verdad más que ganar la discusión, y hacer todo lo posible por comprender el punto de vista del otro.

De hecho, uno de los talleres filosóficos se da con alumnos y maestros de bachillerato en Brasil, donde se pasó hace poco una ley que obliga a enseñar filosofía en el bachillerato. La ley, de 2008, tuvo motivos políticos: la dictadura había eliminado la filosofía del plan de estudios. Los defensores de la nueva ley argumentan que la filosofía puede producir habilidades para el debate y la toma de decisiones democráticas, y así favorecer una mayor participación cívica. Mientras que el taller de Fraenkel con los alumnos gira entorno a cuestiones de desigualdad y justicia, la discusión con los profesores es sobre planes de estudio y estilos de enseñanza. De hecho, en Brasil pocos comparten el enfoque socrático que busca Fraenkel. Los académicos quieren que se enseñe historia de la filosofía con rigor y los activistas quieren un programa de “filosofía de la liberación”. En cambio, lo que busca la “filosofía pública” que propone el autor es dar herramientas para aclarar opiniones y analizar argumentos a favor y en contra. La pregunta interesante, que Fraenkel deja abierta, es cómo tendría que enseñarse filosofía para

que se convierta en una herramienta democrática. Está claro que no basta incluir la filosofía en el plan de estudios para producir una cultura de debate.

A pesar de que Fraenkel se refiere a estos encuentros como discusiones “fuera de los confines de la academia”, la verdad es que la mayoría tiene lugar en un entorno académico. Las discusiones que va describiendo versan sobre preguntas que todos los seres humanos hacemos en algún momento, pero Fraenkel no se limita a relatar el diálogo con sus interlocutores. Entreteje el relato de cada encuentro con información sobre el trasfondo histórico y filosófico de los temas que aparecen. Estos pasajes más académicos del libro se traducen en una amplia bibliografía y un índice temático. Como el libro está dirigido a un público amplio, el editor ha optado por poner todas las notas, que son abundantes, al final.

Contra una actitud complaciente que declara de entrada la equivalencia de todos los distintos modelos de vida, Fraenkel apuesta por un compromiso sin ambages con el proyecto de vida que nos parezca más racional, más conducente a una vida digna y buena. No todos valen igual. Pero para comprometerse con una postura moral, o religiosa, es imprescindible haberla sometido antes a examen. ¿Cómo? Probándola en el debate con quienes no comparten nuestros presupuestos. Solo podemos apostar por nuestras convicciones si las hemos puesto a prueba, dispuestos a que otro nos muestre que estamos en un error.

Además, en una democracia inevitablemente surgen situaciones en que las convicciones de distintos grupos entran en conflicto y no basta un principio de tolerancia

para tomar una decisión. Estamos convencidos de nuestras creencias, pero los que piensan distinto también lo están. Los desacuerdos deben servir para salir de la auto-complacencia en las ideas recibidas.

Debatir con los que no comparten nuestras narrativas culturales exige presentar argumentos comprensibles para el otro. La cultura del debate ayuda a entender la posición del otro, a ponerse en sus zapatos, pero también a darse cuenta de lo que uno mismo sostiene, y articular explícitamente los presupuestos que damos por hecho.

Quien cree poseer la verdad absoluta no tiene motivo para fomentar una cultura del debate, pero tampoco lo tiene quien cree que no hay una verdad universal o que esta no es alcanzable en absoluto. En otras palabras, como argumenta Fraenkel de manera convincente, la cultura del debate debe entenderse como una búsqueda conjunta de la verdad. “Si nos tomamos a nosotros mismos en serio, debemos estar convencidos de que lo que creemos es cierto.” Eso no anula el respeto por otras creencias y valores, respeto que pide examinarlas con atención, asumiendo que tal vez son nuestras convicciones las que están equivocadas.

Michael Walzer dice en el prólogo: “Fraenkel aspira a una Atenas donde la gente no mate a Sócrates, sino que lo imite [...] Insiste en que esa Atenas no es una utopía.” No cree en la solución platónica de dar el poder a los filósofos. Más bien sostiene que, con entrenamiento, todos podemos debatir racionalmente. —

MARCELA GARCÍA es doctora en filosofía por la universidad de Múnich. Es investigadora y profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.



<http://letraslib.re/lslsapp>